

Benchmarking equivocado (por Susan Kaufman Purcell)

Susan Kaufman Purcell Directora, Centro de Política Hemisférica, Universidad de Miami

En una conferencia en Lima, Perú, hace varios años, un analista de Wall Street presentaba su evaluación de la economía peruana. Destacó el progreso del país a nivel macroeconómico, pero remarcó muchos puntos que aún debían mejorar a nivel microeconómico para que su economía creciera más rápido y creara más empleo. Después de la presentación, un frustrado peruano en la audiencia preguntó por qué su país era criticado si había mejorado considerablemente su desempeño económico. El analista explicó que los inversionistas de Wall Street no se guían por las comparaciones con el pasado para decidir dónde invertir su dinero. Wall Street, continuó, se interesa en cómo las economías se van a desempeñar en el futuro.

Esta tendencia al "benchmarking" (el uso de puntos de referencia) en el rendimiento de un país, comparándolo con su propio pasado, es fuerte y de alguna manera ayuda a explicar por qué muchos latinoamericanos no parecen estar suficientemente preocupados acerca de la declinante competitividad global de la región. De hecho, cuando el desempeño latinoamericano se compara con el crecimiento más rápido de Asia y de los países de Europa del Este, los latinoamericanos suelen indicar que su región lo está haciendo muy bien en relación a una o dos décadas atrás.

Una variación en este tema es la tendencia a comparar el propio país con otros de su mismo vecindario. Un buen ejemplo es Chile, que a menudo se compara con el resto de Latinoamérica. Pero su punto de referencia ya no debe ser su vecindario, sino los países globalmente más competitivos de Asia.

¿Por qué los países de América Latina miran atrás en vez de adelante, o se comparan con los países que realizan un peor desempeño que ellos? ¿Qué recompensas o beneficios les trae esa conducta? La respuesta más obvia es que permite a la gente -y a sus países- sentirse mejor consigo mismos, ya que satisface más acentuar los logros antes que los defectos. Por otro lado, los costos de usar el pasado como punto de referencia o de compararse con un país menos exitoso, son altos. Hasta cierto punto implica un escape de la realidad que, a fin de cuentas, hace difícil a un país entender qué debe hacer para crear y formular una estrategia a largo plazo coherente que le permita lograr el desarrollo sostenido. Socava también los esfuerzos de movilizar el apoyo popular para las políticas o las reformas que requieren sacrificios adicionales.

Es muy difícil hoy ser un presidente democrático modernizador en Latinoamérica. Los partidos son débiles y están desacreditados. Los parlamentos están divididos y pocos presidentes latinoamericanos pueden contar con mayorías legislativas fijas para lograr las reformas que necesitan. Los grupos que hasta ahora no han sido incorporados completamente a los sistemas políticos -todavía débilmente institucionalizados- de la región -como indígenas- demandan más poder, mientras los fuertes intereses creados, a menudo en forma de monopolios, están determinados a mantener un estatu quo que les favorece. Además, los políticos están más polarizados y predispuestos al conflicto.

Los desafíos para que un presidente modernizador tenga éxito bajo esas circunstancias son grandes. Primero, él o ella debe tener un programa práctico y una estrategia para lograrlo. Segundo, las metas y la estrategia deben ser comunicadas en forma efectiva a la población. Un antiguo presidente de Estados Unidos, Teodoro Roosevelt, dijo una vez una frase famosa: que la presidencia es un "púlpito para predicar". Con esto quiso decir que un presidente debe aprovecharse de las oportunidades que la presidencia proporciona para explicar a los votantes a dónde piensa conducirlos y por qué, y así conseguir su apoyo.

Pero quizás lo más importante en el caso latinoamericano es la necesidad que tiene el presidente modernizador de cambiar el punto de referencia de su país. Esto significa romper con una tradición de aspiraciones insuficientemente ambiciosas que resultan de tener al pasado como un punto de referencia. El punto de referencia debe ser las democracias que se desarrollan más rápido. Esto no implica renunciar a la identidad propia del país para llegar a ser una copia fiel de un país desarrollado. Por el contrario, significa mirar fuera de la experiencia local, ver y entender lo que otros países han hecho y hacen para desarrollarse, y adoptar las políticas que, con más probabilidad, lo llevarán a donde quiere y necesita ir.